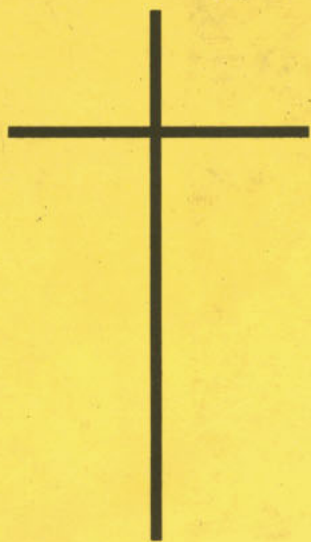




**MEMORIAS
CARDENAL
RAUL SILVA HENRIQUEZ**

T O M O I I

A S C A N I O C A V A L L O

EDICIONES COPYGRAPH

Los días del optimismo

A pesar de lo difícil que fueron los días de la tercera sesión del Concilio, el balance era verdaderamente alentador. No todos concordaban con esta opinión, por supuesto: los padres más jóvenes, naturalmente impacientes, hubiesen querido que al terminar 1964 la Iglesia tuviera concluido su proceso de *aggiornamento*.

Pero esto hubiese sido precipitado. En verdad, la aprobación del esquema Sobre la Iglesia justificaba por sí misma toda la tercera sesión, porque se trataba de la piedra angular para muchos otros esquemas: sobre ella se levantaría el gran edificio de la fe católica para el futuro.

¿Qué decía, en lo fundamental, la Constitución, a la que bellamente se titularía *Ecclesia Christi, Lumen Gentium* (Iglesia de Cristo, Luz de los Pueblos)? En primerísimo lugar, planteaba como definición doctrinaria del catolicismo la idea del Pueblo de Dios, una entidad que prefigura y promete la paz, y a la que son admitidos todos los hombres, sin excepción. Como consecuencia necesaria de lo mismo, la Iglesia declaraba sentirse unida a todos los cristianos y se comprometía a trabajar para que tal bien fuese posible. El acento salía de la jerarquía, que ahora pasaba a ser una parte de la Iglesia, no *la* parte. El Pueblo de Dios tenía un mensaje colectivo, y esto era mucho más importante que las normas, los reglamentos o las prescripciones de la autoridad.

En cuanto a la estructura jerárquica, reconocía la sucesión de los apóstoles en los obispos, y la colegialidad episcopal como un fundamento en la vida de la Iglesia; esto implicaba, en lo práctico: una revisión a fondo del trabajo y el concepto del obispado; el fortalecimiento de las conferencias episcopales; la participación de las iglesias particulares en la Iglesia Universal; el acercamiento con iglesias de otros cultos, y el desarrollo de un Senado Episcopal para colaborar con el Santo Padre.

La Constitución reconocía a los laicos la plenitud de su vocación en el orden temporal, de modo que “igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo hagan patente a Cristo frente a los demás hombres”. Instaba, además, a los laicos a reconocer sus deberes en la hora histórica, y a los pastores a discernir y promover esta responsabilidad en la Iglesia.

De modo que esta Constitución Dogmática era la prueba viva de que el Concilio fue hecho para preparar la unión de la Iglesia, una idea que el Santo Papa Juan XXIII había llevado hasta su lecho de muerte, hasta sus últimas palabras: “*Ut sint unum*”, para que sean uno.

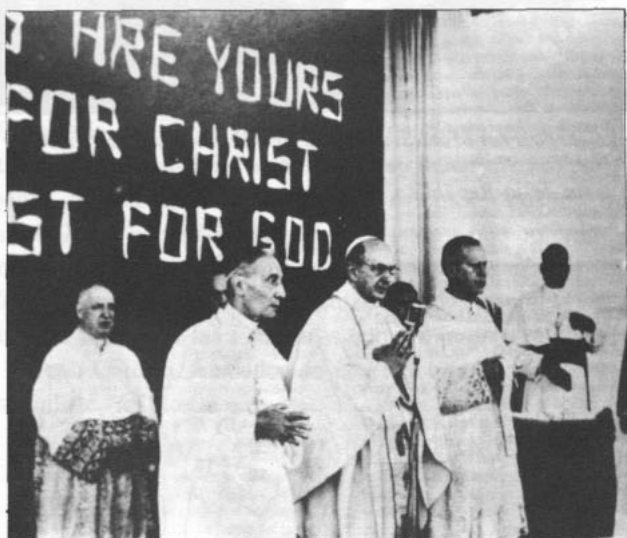
Los otros dos decretos aprobados —Ecumenismo e Iglesias Orientales— partían de la misma base, aunque se proponían impulsar el acercamiento con otros hermanos cristianos: los primeros, separados de Roma; los segundos, deseosos de conservar sus tradiciones.

Pero a mi modo de ver hubo en aquella sesión algo más profundo, y tal vez más decisivo para el resultado final del Concilio: fue la aceptación de las discrepancias bajo el supuesto de la fraternidad. En tres años el Concilio había marcado claramente dos tendencias, cuyas situaciones eran paradójicas: los miembros de la mayoría vivían dispersos por el mundo y no tenían poder propio en la Santa Sede; los de la minoría estaban más unidos y ejercían una gran influencia en el gobierno de Roma. En las tres sesiones estos grupos se habían enfrentado, a veces con dureza, y no era exagerado decir que se recelaban. A un obispo de línea conservadora se le atribuía una frase de cáustico humor acerca del Concilio: “Lo que quisiera es morir siendo todavía católico”.

Pues bien, lo que la tercera sesión consiguió, pese a sus dramáticas apariencias, fue que uno y otro sector se reconocieran como hermanos en el cariño por la Iglesia. Aquel año los hombres de la Curia parecieron convencerse de que los obispos de fuera no éramos sólo gente imprudente y destructiva; los de la mayoría entendimos que la minoría curial tenía una fidelidad a la Iglesia semejante a la nuestra, y no era sólo conservadora y poderosa. De aquí en adelante, todos los debates se harían con admirable respeto, y en ciertos casos los que quedaron en minoría hicieron suyos lealmente los puntos de vista de la mayoría. Incluso el Santo Oficio, que había mostrado

posiciones rígidas e imperativas, adoptó esta actitud constructiva hacia el final de la sesión.

Otro resultado central fue el hecho de que se multiplicaron por todo el mundo los gestos con voluntad ecuménica. Las iglesias ortodoxas orientales se sintieron por primera vez impulsadas a recoger el llamado de unidad lanzado desde Roma. También las iglesias cristianas no católicas de Occidente estudiaron a conciencia los esquemas aprobados en el Vaticano, valorando el “espíritu nuevo” que notaban en ellos.



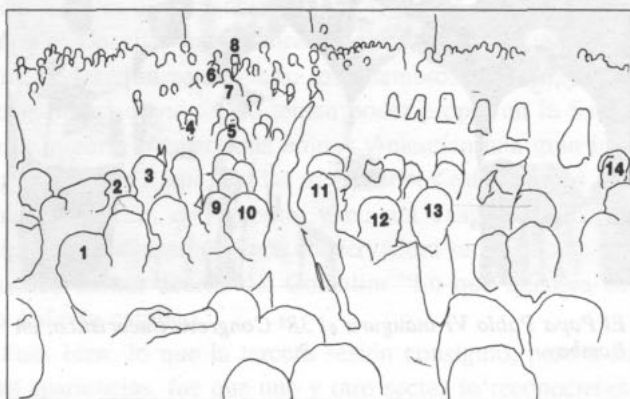
El Papa Pablo VI inaugura el 38º Congreso Eucarístico, en Bombay.

Eran pasos de una trascendencia enorme si se los mira a la luz de la historia.

No hay que olvidar que la división de los cristianos se produjo a través de tres grandes rupturas, muy antiguas: la del siglo V, que separó a nestorianos y monofisitas de la Iglesia de Roma y Constantinopla, entonces llamada bizantina; la del siglo XI, que implicó la división entre Roma y Constantinopla, y que dio origen a



Eduardo Frei Montalva saluda al público mientras sale del Congreso Nacional, que acababa de ratificarlo como Presidente de la República.



En la fotografía aparecen entre otros: 1) Senador Enrique Curti; 2) Diputado Eugenio Ballesteros; 3) Diputado Fernando Cancino; 4) Luis Felipe Letelier; 5) Cardenal Raúl Silva Henríquez; 6) Padre Jorge Gómez Ugarte; 7) Nuncio Egano Righi-Lambertini; 8) Ministro del Interior, Bernardo Leighton; 9) Senador Carlos Vial Espantoso; 10) Senador Hugo Zepeda Barrios; 11) Presidente Eduardo Frei; 12) Diputado Carlos Sívorí; 13) Presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Morales Adriasola; 14) Diputado Jorge Lavandero.

católicos romanos y ortodoxos; y la del siglo XVI, marcada por el gran cisma europeo que separó a los protestantes. En el momento del Concilio, unos 340 millones de cristianos continuaban separados de Roma, y en 1962, al iniciarse la primera sesión, nadie hubiese apostado por el clima fraternal que se viviría a fines del 64.

Para reforzar esta voluntad de la Iglesia, así como su vocación misionera, apenas terminó la sesión el Papa Pablo VI inició su segundo viaje fuera de Italia, ahora con el lema que la prensa le asignó en el peregrinaje a Tierra Santa: "Mensajero de la Paz". La ocasión la dio el 38º Congreso Eucarístico Internacional, en Bombay; y durante tres días el Santo Padre conmovió al planeta recorriendo una de las naciones más grandes, pobres y heterogéneas. Miles de desheredados se arrodillaron a su paso reconociendo en él al *sant purush* (hombre santo) que abría una nueva era de la cristiandad.

A su regreso al Vaticano Pablo VI dio una nueva sorpresa, al promover a 27 nuevos cardenales, elevando la cifra total al récord histórico de 103, y ahora más internacional que nunca: 71 no italianos. Cosa más extraordinaria, entre éstos figuraban tres patriarcas orientales (Máximos IV Saigh, Esteban I Sidarous, Pedro Pablo Meuochi), dos obispos de la Europa oriental (Yosyf Slipyi, de Ucrania, y Josef Beran, de Praga) y tres padres que no eran obispos: el padre oratoriano Giulio Bevilacqua, que encarnaba al sacerdote humilde y sacrificado; el teólogo suizo Charles Journet, imagen del estudio y el retorno a las Escrituras como alimento intelectual; y el padre Joseph Cardijn, fundador de la JOC, ligado al más arduo trabajo social de la Iglesia.

Entretanto, en Chile, los aires del cambio habían comenzado ya a soplar.

En medio de la tercera sesión del Concilio, a fines de octubre de 1964, regresé por unos días a Santiago para la celebración del Te Deum con que culminarían los actos de asunción del mando del electo Presidente Eduardo Frei.

Eran días de un optimismo palpitante, que se hacía sentir en todos los ámbitos. El Papa envió un legado especial, hubo representaciones diplomáticas de alto nivel y las fiestas tuvieron un colorido pocas veces visto. Se esperaban grandes cosas de esta nueva etapa en la vida nacional. Incluso en la Iglesia —en especial, en la de

Santiago— había un entusiasmo desusado, porque se creía que el nuevo gobierno sería por fin capaz de alcanzar la soñada meta de la *libertad de los pobres*, la liberación de las opresivas cargas sociales y económicas que sojuzgaban a parte de nuestro pueblo. Tal vez por esto hubo quienes levantaron la acusación de que en la Iglesia de Santiago había un “predominio democratacristiano”. Esta imputación era del todo injusta en cuanto pretendía vincular a obispos y sacerdotes en una acción política, partidista o de gobierno; pero no lo era tanto si con ello se quería reflejar la apasionada defensa de la doctrina social de la Iglesia, puesto que es innegable que muchos sacerdotes creían verla encarnada en el programa del PDC.



El cardenal Silva Henríquez conversa con el secretario de Estado norteamericano, Adlai Stevenson, el 3 de noviembre de 1964, durante las fiestas de asunción del mando.

Por lo demás, al gobierno llegaban con Frei muchos hombres que habían trabajado codo a codo con la Iglesia, en las más disímiles tareas; varios ministros, subsecretarios y numerosos funcionarios de la nueva administración habían hecho parte de su aprendizaje social con la Iglesia Católica.

Quizás alguna gente haya pensado que queríamos aprovecharnos de estas circunstancias excepcionales; pero la verdad es que

ninguno de nosotros aspiraba a revivir bajo ninguna forma el clericalismo de antaño: simplemente, nos estimulaba saber que el magisterio renovado de la Iglesia tendría una oportunidad de probarse en estos hombres.

El propio Presidente Frei era extremadamente cauteloso en su trato de las materias religiosas. Como él había sufrido en carne viva la acusación de ser "manejado" por la Iglesia, tenía una particular preocupación por no crear esta imagen. En nuestras conversaciones solía decir que procuraría que sus convicciones cristianas y su condición de hijo de la Iglesia estuviesen siempre presentes en sus actos, pero que no quería ser un Presidente para los católicos, sino para la



El Presidente Eduardo Frei saluda al cardenal Silva Henríquez, al término del Te Deum con que culminan los actos de asunción del mando.

nación entera. Estaba persuadido de que serviría mejor a su fe con esa actitud, que con el uso proselitista del poder que se le había conferido.

Cuando iba a nombrar a su primer gabinete, Frei pensó en el académico Juan Gómez Millas para Educación. Pero como el Presidente sabía bien que éste era un ámbito que a la Iglesia le importaba

mucho, decidió llamarme para preguntar qué me parecía el nombramiento. Gómez Millas era masón, y alguien le había dicho a Frei que yo reaccionaría contra esto.

—Mire —le dije—, usted es el Presidente. Usted nombra a sus equipos. Yo sólo le puedo decir que nombre al diablo si quiere, pero el responsable es usted. A mí me basta con que, si es el diablo, me deje pasar a salvar un par de almas, con lo cual hasta le sacaré el sombrero si es necesario.

El Presidente rió de buena gana con esto, y lo cierto es que nunca tuvimos problemas con el ministro. En cambio, peleamos —amigablemente— con el subsecretario, Patricio Rojas, que sí era católico, pero que buscaba fervientemente la manera de mostrarse ecuaníme en los difíciles asuntos que concernían a las subvenciones que el Estado entregaba a los colegios religiosos. “Pelemos” también con el ministro de Agricultura, Hugo Trivelli, cuyos organismos se llevaron a nuestros mejores técnicos del Instituto de Educación Rural y más encima se mostraron reticentes para cumplir con el aporte que el Estado daba al IER desde tiempos de Ibáñez.

Y nos dolió inmensamente que, llamado para hacerse cargo de la Consejería de Promoción Popular, nos abandonara uno de nuestros mejores colaboradores: Sergio Ossa Pretot. Ossa había trabajado muy cerca de la Oficina Técnica de Planificación del Instituto para el Desarrollo (IDE), una entidad cuya creación me fue propuesta por los padres Gabriel Larraín, Renato Poblete y Roger Vekemans; con gran acierto, ellos habían visto que numerosas fundaciones europeas estaban dispuestas a financiar proyectos de desarrollo en América Latina, pero no sabían cómo hacerlo ni a quien llegar: el IDE proporcionaría este indispensable “puente” para canalizar los recursos, y su tarea llegaría a ser fundamental en las iniciativas propias de la Iglesia o patrocinadas por ella, incluso a pesar de la “pérdida” de Ossa Pretot.

Tal vez estas deserciones eran parte del entusiasmo ingenuo de aquellos días: los nuevos funcionarios creían que ahora el gobierno podía, y *debía*, hacerlo todo; del otro lado, muchos hombres que habían trabajado con la Iglesia se entusiasmaron con la misma idea, convencidos de que el factótum del cambio era el Estado. Siempre recelé de esta actitud: por una parte, sospechaba que un enorme campo quedaría sin cobertura si nosotros abandonábamos nuestras tareas; por otra, intuía que la Iglesia debía mantener su fuerza propia, y acrecentarla si era posible. Creo que la historia demostró que tenía razón en pensar de este modo; pero ni yo, ni mis hermanos en la

Conferencia Episcopal, pudimos impedir en ese momento que una parte importante de los cuadros católicos se incorporara a la política activa del Estado.

En marzo de 1965, cuatro meses después de asumir el gobierno demócratacristiano, vinieron las elecciones parlamentarias para renovar la Cámara de Diputados y 20 de los 45 senadores. El resultado dejó al gobierno de Frei con el mayor respaldo parlamentario obtenido por un Presidente en muchos años. En la votación total alcanzó el 43 por ciento, y en la Cámara de Diputados se elevó hasta la mayoría absoluta, con 82 asientos sobre 147. En el Senado consiguió un importante avance, pero como sólo renovaba menos de la mitad, continuó en minoría: 13 asientos de 45.

Sin embargo, para entonces la derecha, que lo había apoyado en la elección presidencial, comenzaba a pasar a una oposición abierta. Primero, debido a la reforma tributaria que creó el impuesto patrimonial, y luego, ante el anuncio de que ese año serían despachadas otras reformas sociales.

La izquierda también preparaba una lucha dura contra el nuevo gobierno (lo que ya se había anunciado con su inasistencia al Congreso Pleno, con el fin de sabotearlo), bajo la consigna de que "le negaremos la sal y el agua", e iniciaba la crítica radical contra los proyectos oficiales, por varios de los cuales el PDC le había disputado al FRAP los sectores populares.

En las líneas básicas de su programa, Frei se había comprometido a realizar la reforma agraria, iniciar la "chilenización" del cobre, construir 60 mil viviendas al año, ampliar el derecho a voto, iniciar una reforma educacional e impulsar la Promoción Popular, un vasto programa destinado a las organizaciones de base (juntas de vecinos, centros de madres, centros comunitarios).

Para la derecha, todo esto no era más que un vulgar programa revolucionario y socialista; para la izquierda, eran sólo fórmulas reformistas, nuevos disfraces de la dominación capitalista. Frei debía arreglárselas con ambas acusaciones.

En julio, durante una gira europea, Frei fue recibido en audiencia por el Papa. Aunque yo no asistí —al Vaticano no le gustan las mezclas en materia diplomática—, Pablo VI me dijo después que estaba muy contento con esta visita. Recordó que Frei había pedido

otra audiencia, cuando aún era candidato, y que algunos hombres de la Curia le habían aconsejado que no lo recibiera. Pero él lo hizo. "Y ahora es el Presidente", decía.

En verdad, en Chile se depositaban entonces muchas de las esperanzas acerca de este "continente nuevo", esta tierra que muchos europeos y norteamericanos empezaban recién a descubrir y a la que comenzaban a ver como un terreno posiblemente fértil para el sueño de una humanidad más justa.

No es una exageración decir que no hubo en aquellos años un proyecto de gran envergadura que no tuviera que ver con Chile: el país más estable de América Latina, el de tradición democrática más larga, el de avanzada política e ideológica. Fue también líder en los grandes planes de integración latinoamericana, un proceso que constituyó la moda de los 60 y en el cual se habían venido dando pasos lentos, pero progresivos. Era una aspiración muy propia de la época: las facilidades de comunicaciones, el progreso de las ciencias sociales, los avances tecnológicos, la multiplicación del comercio exterior, en fin, muchos factores habían difundido en América Latina la "conciencia del continente", la convicción de que una cierta identidad cultural y económica unía a los pueblos americanos.

Es cierto que en muchos casos se trataba de una "identidad negativa", es decir, que se buscaba en los problemas y los dolores comunes. Pero aun así, la integración era un impulso difundido en las capas dirigentes. También en la Iglesia: de hecho, al año siguiente, reunido en su X Asamblea Extraordinaria, en Mar del Plata, el Celam declaró formalmente que la integración era un paso indispensable para el desarrollo, que a su turno era, en palabras de Pablo VI, "el nuevo nombre de la paz".

Pero las condiciones para que este ideal se concretara eran muy difíciles. El año anterior, en 1964, el gigante de América del Sur, Brasil, había visto ceder su sistema democrático con estrépito, en un golpe militar que (aunque no lo sabíamos entonces) inauguraría todo un ciclo en nuestras naciones. En 1965, otro general se impondría en

el poder en Bolivia, mientras Colombia era azotada por una guerra sorda entre el gobierno y las guerrillas de distinto signo.

En Argentina, la inquietud era notoria el 65 y se expresaba, primero, en los roces fronterizos con Chile. La Iglesia de ambos países, alerta ante este peligro que a lo largo del siglo había venido intranquilizando esporádicamente a las dos naciones, trataba de dar siempre la máxima importancia a la conservación de la paz. El 64 el cardenal Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires, me propuso celebrar los 60 años de la construcción del Cristo Redentor, en



1º de junio de 1965: en la Casa Rosada aparecen, de izquierda a derecha, el presidente de la Cámara de Diputados, Arturo Mor Roig; el presidente de Caritas Argentina, Jacinto Cipriota; el adscripto para la visita, canónigo Alberto José Lattuada; el cardenal Silva Henríquez; el Presidente de Argentina, Arturo Illia; el embajador de Chile, Hernán Videla Lira; el subsecretario de RR.EE., José Noguerol Armengol; un sacerdote no identificado, y el padre Baldo Santi.

plena cordillera de Los Andes, un símbolo de hermandad, pero también de la Iglesia vigilante de la paz. El acto tuvo lugar en febrero de 1965, con los cancilleres Gabriel Valdés y Miguel Angel Zavala Ortiz, y los ministros de Defensa, Juan de Dios Carmona y Leopoldo Suárez. Hubo sendos discursos (el cardenal Caggiano nos emocionó

a todos citando al obispo chileno Ramón Angel Jara: “Primero se desplomarán estas montañas antes que los argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies del Cristo Redentor”), se envió un mensaje de paz al Papa y se dirigieron cartas a los presidentes de ambas naciones.



El cardenal Silva Henríquez es recibido en el aeropuerto de Plumerillo, en Mendoza, con honores de Vicepresidente de la República, el 13 de agosto de 1965, invitado por los salesianos de esa ciudad.

En junio de ese año fui invitado por las autoridades argentinas; me reuní con el Senado y con el Presidente Arturo Illia, y hallé una disposición muy favorable, ya no sólo a la paz, sino a las iniciativas de integración. Lastimosamente, a finales del mismo año se produjo el más grave de los incidentes, en Laguna del Desierto, donde el teniente chileno Hernán Merino cayó herido de muerte. La Iglesia de ambos países debió empeñar todos sus esfuerzos para evitar los desbordes nacionalistas en ese difícil trance; mi vicario Jorge Gómez Ugarte tuvo un destacado papel en ello.

Seis meses después, en junio de 1966, un general entró al despacho del Presidente Illia y lo declaró derrocado. Como el Presidente le hizo ver enérgicamente su condición constitucional, un pelotón fue a sacarlo de su despacho; y entonces, consciente de su impotencia, Illia salió dignamente de la Casa Rosada y se marchó a su hogar.

En marzo de ese año partí a la República Dominicana, para encabezar dos congresos que se realizarían en la capital, Santo Domingo: uno, mariológico (teología de la Madre de Dios), y otro, mariano (la piedad popular de María). El tema de ambos era la maternidad espiritual de María, una noción directamente inspirada por el Concilio,



Bendición de la Escuela Agrícola Salesiana de Moca, en República Dominicana. De izquierda a derecha, el arzobispo de Santo Domingo, Octavio Antonio Beras; el cardenal Raúl Silva Henríquez, y el nuncio Emanuele Clarizio.

que presidiría los trabajos. Pablo VI me nombró legado pontificio para dirigir los dos congresos. Y no faltó quien dijera que el Santo Padre quería que con ello me “arrepintiera” de mis opiniones sobre la Virgen en el Concilio. Esto no sólo era completamente absurdo, sino que además podía interpretarse al revés: Pablo VI me nombraba su representante precisamente porque tenía plena confianza en mi fidelidad a María.

Hablando ante los teólogos y sacerdotes que concurrieron a los dos congresos, subrayé que el mensaje central del Concilio acerca de este tema era la necesidad de conservar la unidad misteriosa, tanto en la visión de la fe como en la devoción práctica. El Concilio quería

evitar las disociaciones que podían conducir a prácticas desviadas, las cuales serían dañinas no sólo para la Iglesia, sino sobre todo para los fieles. Al insistir en este punto, la Iglesia quería proteger la fundamental mediación de Cristo, dado que sin ella no se concibe salvación: ésta era la médula del asunto y no, como livianamente se supuso, el debate inicuo sobre si la eminencia de María se protegía mejor por separado o con una mariología autónoma.

Los dos congresos fueron excelentes y hasta significaron reanimar la vida de la Iglesia en esa hermosa república.

Cuando volvía a Chile, vía Nueva York, un violento terremoto azotó la zona central del país. De nuevo debíamos ponernos a trabajar para ayudar a varios miles de damnificados y víctimas. Pero en esta ocasión ya sabíamos bien cómo hacerlo, y gracias a eso las diócesis más dañadas —Valparaíso, San Felipe, Santiago e Illapel— pudieron recibir pronto la generosa ayuda de la Propagación de la Fe de Haaden (Alemania). Una vez más, la solidaridad haría posible que la nación volviera a reconstruir lo asolado y a levantarse desde la ruina para crecer con resignado empuje, tal vez uno de los rasgos más característicos del ser chileno.

Menos de un mes después de que dejé Santo Domingo, la conmoción política que ya se intuía en la nación caribeña derivó en un estallido de proporciones sorprendentes. El 24 de abril, un grupo de militares jóvenes se levantó contra el gobierno para reponer en su cargo al Presidente Juan Bosch, derrocado en 1963. Bosch esperó en Puerto Rico el momento de volver. Pero otro militar, el general Elías Wessin y Wessin, vio en la sublevación de los oficiales jóvenes una conspiración comunista, y mandó a bombardear parte de la ciudad para reducirlos. El pueblo se dividió en dos bandos y entró en el vértigo de la guerra civil. El 28 de abril, el Presidente de EE.UU. Lyndon Johnson decidió intervenir en favor del general Wessin y Wessin, y despachó 25 mil soldados para ocupar la capital de la República Dominicana. Pero esta virtual invasión sólo agravó las cosas: se instalaron dos gobiernos, con dos ejércitos.

En verdad, sólo el nuncio apostólico, monseñor Emanuele Clarizio, realizó esfuerzos eficaces en favor de la paz. Consiguiendo treguas de uno y otro bando, apaciguó la tensión hasta que el secretario general de la ONU, U Thant, lograra articular un plan de paz.

Volví a Santo Domingo a mediados de año, y vi por mis propios ojos los deplorables resultados de la intervención militar. La situación seguía estancada, y EE.UU., que al parecer se había dado cuenta del error, intentaba remediar su conducta, pero ya parecía demasiado tarde. Recuerdo que le escribí al Presidente Frei sobre esta actitud vacilante de EE.UU.: "El lado flaco de ellos es que quieren servir a dos señores, a la democracia y a la plutocracia. Están interesados económicamente en mantener la triste situación de la isla. Pero también quisieran defender la democracia y la libertad de los pueblos".

Estados Unidos había actuado ante el fantasma cubano, tomando medidas exageradas y que no causaban ningún bien. Pero también hay que reconocer que aquellos años fueron terribles; mirándolos retrospectivamente, uno aprecia que estuvieron marcados por el dolor y la sangre. Una lucha ideológica sin límites marcó buena parte de la década y formó sin duda el clima bajo el cual han de revisarse estos dramáticos sucesos.

Mientras en Indonesia la denuncia de una eventual asonada comunista produjo un contragolpe militar que dejó más de 30 mil muertos en sólo unos pocos días, Estados Unidos iniciaba los bombardeos masivos y los envíos de centenares de miles de soldados a la guerra de Vietnam, que terminaría siendo una de las más largas y terribles de este siglo; las sacudidas de la descolonización remecían todavía a los países africanos, y en China se preparaba la persecución implacable de la disidencia política a través de la llamada Revolución Cultural.

Ese año 65 fue también el primero en que las reformas aprobadas por el Concilio comenzaron a extenderse entre todos los católicos. La Conferencia Episcopal chilena autorizó ampliamente el uso del clergyman, con lo que se comenzaron a abandonar las sotanas; y poco después el cardenal Santiago Lercaro, presidente del Consejo para la Aplicación de la Liturgia, distribuyó una carta precisando los límites y la obligatoriedad de las reformas dictadas por la Santa Sede.

Decididamente, la Iglesia chilena no estaría atrás ni al margen del espíritu del Concilio. ¿Lo entendieron así también los dirigentes judíos que me visitaron para invitarme a asistir a la Sinagoga de Santiago? Seguramente: la invitación misma era una gran novedad,

pero el hecho de que el cardenal aceptara tenía un significado más extenso e influiría en el futuro de nuestras relaciones dentro de la patria. Fui de buena gana, para hablar sobre *El respeto a la persona humana en el Antiguo Testamento*.

La Sinagoga estuvo repleta, y hubo grandes aplausos cuando subrayé que la firme decisión del Concilio era romper con esa tradición de siglos por la cual se imputaba al pueblo judío la muerte de Cristo. El pueblo al que se confiaron las alianzas y las promesas, el "pueblo elegido", comparte con los cristianos la revelación del Verbo en el Antiguo Testamento; y no es una casualidad que de tal Libro Sagrado se desprendan las normas principales de la justicia y los derechos del hombre, vertiente en la que ha abrevado la civilización occidental. La protección del matrimonio, la fecundidad, la integridad física, y la defensa de los pobres, los extranjeros, los inválidos y hasta los esclavos, todo ello es un legado directo del Antiguo Testamento, y también, hasta donde éste se encarnó, de la tradición judaica. ¿Cómo no reconocer esa hermandad fundamental?

No ignoro que hubo quienes consideraron demasiado audaz mi presencia en la Sinagoga. Para algunos, romper la dura costra de las costumbres resultaba todavía difícil.

Pero yo no tuve duda del gran bien que esto significaría: y tal cosa se vendría a probar ampliamente mucho más tarde, cuando llegaran los tiempos más difíciles para la Iglesia.